

# **EL ÁNGEL DE LAS PRADERAS**

**UN SUEÑO DEL FUTURO,  
POR  
ELDER PARLEY PARKER PRATT.**

Uno de los Doce Apóstoles de  
LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS  
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS.

**PUBLICADO POR A. PRATT.  
SALT LAKE CITY, UTAH:  
DESERET NEWS PRINTING AND PUBLISHING  
ESTABLISHMENT.**

**1880**

# EL ÁNGEL DE LAS PRADERAS

**UN SUEÑO DEL FUTURO,  
POR  
ELDER PARLEY PARKER PRATT.**

Uno de los Doce Apóstoles de  
LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS  
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS.

**PUBLICADO POR A. PRATT.  
SALT LAKE CITY, UTAH:  
DESERET NEWS PRINTING AND PUBLISHING  
ESTABLISHMENT.**

**1880**

## PRÓLOGO.

La emocionante e interesante narrativa contenida en este pequeño libro, aun cuando no reclama ser una profecía auténtica o infalible, todavía contiene probablemente tantas verdades condensadas y un poco de ficción y tal como cualquier trabajo en cualquier edad que haya inspirado con verdad en su fundamento y simpleza y romanticismo para su embellecimiento y adorno.

Este manuscrito se leyó en Nauvoo, en un Concilio de la Iglesia, en la presencia del Profeta Joseph Smith, pero no apareció impreso hasta la primavera pasada, en Northern Light, cuando rápidamente se volvió la admiración de todos los Santos que tenían el privilegio de leerlo.

Pretendiendo haber sido escrito bajo la similitud de un sueño o visión, declararemos que el escritor no ha tenido ningún sueño o visión. El manuscrito entero ha sido escrito a Nauvoo, en el invierno de 1843/4.

El objetivo útil y enriquecedor del autor brilla en cada página del trabajo, y no un rasgo perjudicial puede encontrarse en él.

ABINADI PRATT, Editor.

Salt Lake City, enero, 1880.

Siendo un nativo del pequeño y retirado pueblo de Nueva Inglaterra, educado en los hábitos más estrictos de la industria, había madurado sin ver mucho del mundo, habiendo nunca viajado por más de veinte millas de la casa. Como no es infrecuente en el caso de los naturales de Nueva Inglaterra, mis ideas eran sumamente limitadas y estrechas respecto a las extensiones y recursos del Oeste. Yo había oído hablar de las praderas, ser seguras o campos desforestados y abiertos, pero no podía formar ninguna otra idea de ellos que compararlas con algunos de nuestros pantanos que estaban naturalmente desposeídos de madera porque eran demasiado bajos y húmedos para producirla.

Yo no sé cómo o por qué era el caso, pero por alguna razón yo había sido, desde mi recuerdos más tempranos, fui impresionado con el anhelante deseo y una determinación fija de visitar y explorar el poderoso, el misterioso Oeste. A esta inclinación se oponían siempre mis amigos. Ellos a menudo razonaban ¿No tienes una casa apacible en medio de amigos, paz y abundancia? ¿No tienes suficiente abundancia de todas las cosas estimadas para tenerte satisfecho y feliz? ¿Por qué entonces quieres ir al Oeste?

¿Por apartarse de estas bendiciones y de la sociedad, y andar errante a través de bosques salvajes y en medio de peligros, esfuerzos y sufrimientos, en medio del siseo de serpientes, el aullido de salvajes bestias, y los alaridos y gritos de los hombres más salvaje que aquellos? A estas exposiciones yo no podía dar nunca una respuesta satisfactoria, pero aun así quería ir.

A la edad de veintiuno, siendo libre, y en posesión de dinero listo y suficiente para ponerme más allá del alcance de las necesidades inmediatas, me resolví atravesar todo refrenamiento y satisfacer mi sed de viajar. Recibí el acuerdo de mis amigos con muchas lágrimas y bendiciones de su parte, y con profundos sentimientos e indescriptibles en mi mismo. Pronto tendría la satisfacción de mirar las Cataratas del Niágara, los grandes lagos y densos bosques del Oeste, así como los pueblos espléndidos, las aldeas y los deleitables campos, esparcidos aquí y allí, en medio de las salvajes y románticas escenas de la naturaleza. Pero estas gratificaciones sólo sirvieron para aumentar mi deseo de todavía llevar más allá la investigación. Pronto penetré más lejos en el interior dónde por la primera vez un gran paisaje de la pradera se abrió ante mí. Esto excedió todas las maravillas occidentales que yo tenía antes visto. Después de viajar durante algunas horas sobre un paisaje suavemente ondulando, suave y bonito como un parque de pueblo, cubierto con césped y flores, extendiéndose en todas direcciones hasta donde el ojo pudiera alcanzar, ascendí a una elevación del terreno que subía gradualmente, y me detuvo para echar una mirada alrededor. Todo me parecía como una visión espléndida que sobrepasa toda realidad, y que desafiaba la imaginación a imitarla. Un campo verde de césped y flores se extendía hacia todos los lados hasta donde el ojo pudiera alcanzar; sin un caballo, árbol, hombre o animal, que interceptara la vista o estropeará la soledad y sublime reposo que reinaba a mí alrededor.

El paisaje se diversificó suficientemente en las colinas y valles y

otras tranquilas elevaciones, ninguno presentaba la embotada monotonía de una llanura nivelada, ni la áspera y abrupta apariencia de colinas demasiado empinadas para el fácil cultivo. De hecho, un noble inglés habría encontrado un pasaje agradable para un coche en cualquier dirección de dónde yo estaba parado. La tierra era inmensamente rica y la superficie era suave e incluso, el paisaje entero se parecía a ilimitados campos de trigo verde entremezclado con lirios y girasoles.

Con una mirada de ojo, vi una extensión del país suficiente para millones de hogares felices. "¡Aquí," yo pensaba, "al alcance de mi visión natural, podría existir un imperio más extenso, numeroso y rico que algunos de los reinos más renombrados del Viejo Mundo! Y todavía ningún ser humano poseía el conocimiento, valor y ambición para exigirlo como su propia posesión. No buscarían una subsistencia incierta en las calles del algún pueblo mal crecido ni matarían o conquistarían los habitantes de algún otro miserable pueblo sobrepoblado."

Mientras me complacía en este ensueño extraño un pensamiento dio lugar otro. Mi estrecho corazón se inflamó y comencé a indagar acerca de los reales límites de estos poderosos campos y su destino futuro. Naturalmente concluí que tan fino país y tan vastas riquezas no siempre se pasarían por alto por el emprendedor y el trabajador. Esa inmigración vendría, arrolladora en su tendencia hacia el oeste, y con esto la marcha del imperio, hacia estas solitarias planicies sería todo poblado y estos ricos recursos hechos para proporcionar sostén a

felices millones.

Con estos pensamientos que todavía trabajan profundamente en mi mente, seguí mi jornada y al cierre del día llegué a una humilde cabaña dónde, con un apetito agudizado por la fatiga, participé de tan simples refrigerios como el lujo del lugar permitía. Retirándome a descansar, mi mente todavía estaba llena con los pensamientos más sublimemente estupendos, grandiosos y solemnes que jamás habían ocupado mi seno.

Un profundo e inquieto sueño pronto se apoderó de mí y mi mente fue transportada en una visión más extraordinaria. Un mensajero de apacible e inteligente semblante, de repente apareció delante de mí, ataviado en túnica de deslumbrante esplendor. "¡No temas" me dijo, "Hijo de mortales! Porque yo soy el Ángel del las Praderas. Yo tengo las llaves del misterio de este maravilloso país. Me han encomendado el destino de imperios y el de naciones.

¡Ven entonces conmigo, y te mostraré los secretos propósitos del destino respecto al más extraordinario de todos los países!"

Alborozado con la información y juntando confianza por la amable y generosa apariencia del mensajero, me levanté y lo acompañé. Fuimos elevados a través del aire en rápida velocidad, por algunos centenares de millas, en dirección al oeste, y una pequeña orientación al sur. Finalmente llegamos a detenernos en una elevada llanura verde y florida en el banco sur del río Missouri—No Más Lejos De La Línea Que Divide El Territorio Indio Del De Los Estados --un lugar de una belleza y encanto superior. "Joven" dijo el Ángel del las

Praderas, "toma este vidrio y echa una mirada alrededor de ti" Él entonces me dio un curioso vidrio por el que me era posible ver el país entero de mar a mar. Mirando al norte, vi las extensas y fecundas llanuras de Iowa y Wisconsin, principalmente compuesta de ricas y onduladas praderas combinadas con hermosos bosques de madera, y regadas con numerosos arroyos algunos de los cuales eran navegables por centenares de millas; y otros que forman caudalosas y valiosas formaciones de aguas, poderosas para propulsar molinos y maquinaria. Estas fecundas y floridas llanuras y bosques se extendían por muchos centenares de millas al norte, y finalmente terminaban en los grandes y extensos bosques de pinos, los que podrían transportarse en balsa fácilmente por las corrientes abajo de los numerosos arroyos y podrían usarse en la erección de edificios, pueblos y ciudades a través de la completa extensión de las ilimitadas praderas. La porción central de estos inmensos territorios abundaban menas ricas, plomo, hierro y carbón y en las norteñas cobre. Los recursos vegetales, minerales y comerciales de estos territorios parecían capaces de sostener y emplear a cien millones de personas, mientras que en la actualidad ellos contenían escasamente unos pocos miles.

Volviéndome de esto, miraba hacia el este, donde los estados de Missouri, Arkansas e Illinois presentaban un inmenso territorio de unas quinientas millas en extensión, similar en la fertilidad y recursos de los territorios antes descritos, consistiendo de ricas, hermosas y fértiles praderas, mezclado con deleitables bosques de madera, penetrado por numerosos, grandes y generosos ríos, en el seno de los



cuales podría flotar el comercio de naciones e imperios. Estos estados podían sostener por lo menos otros cien millones de almas, aunque en la actualidad no estaban ocupados siquiera por un millón.

Después de ver maravillado y deleitado estos hermosos estados, yo dirigí mis ojos hacia el sur y sudoeste. La visión se alargó ahora en la distancia, y algunos miles de millas del país se extendieron a mi vista, incluso las inmensas llanuras, los bosques fértiles y valles de Texas y México; presentaban una inmensa cantidad de ilimitadas pasturas y praderas, ricas y hermosas como el Edén, abundantes en vegetales y riqueza mineral. Estas tierras eran suficientemente abundantes para sostener doscientos millones más de habitantes, aunque poseyendo una población en la actualidad de menos de diez millones.

Habiendo contemplado los campos verdes, las floridas llanuras, los densos bosques e inmensas montañas de este vasto país, abrumado y agobiado en asombro, volví al oeste.

Aquí vi una región del campo recientemente contemplado, adecuado para el emplazamiento de las tribus indias. Limitado en el este por los estados de Missouri y Arkansas, en el sur por Texas, en el oeste por el Gran Desierto Americano y en el norte por las regiones casi inexploradas e inhóspitas de Canadá, o más propiamente por el río Missouri, abrazando unas seiscientas millas del norte al sur, y unos doscientos del este hacia el oeste. Estas, como las tierras antes descriptas, abundaban en onduladas y ricas praderas y bosques capaces de sostener una población de por lo menos cincuenta

millones. Aunque en la actualidad poblada con unas pocas tribus indias integradas por menos de la mitad de un millón.

"Joven" me dijo Ángel del las Praderas, "Has visto hasta ahora, las grandes pasturas del Oeste, un casi ininterrumpido y continuo campo de praderas, limitado en el este por el Wabash y el Lago Michigan, en el norte por las praderas de Wisconsin e Iowa, en el oeste por el Gran Desierto, y en el sur por Centroamérica, promediando unas tres mil millas de largo y unas setecientas de ancho; siendo principalmente una llanura rica y fértil, regada como el Edén, y más productiva que las llanuras del Éufrates. Sus pueblos en la actualidad son pocos, pero sus recursos inmensos y están calculado abundantemente para sostener por lo menos la mitad del la actual población del globo.

Ahora tu estas en una posición central, en medio del gran continente norteamericano. Aquí está el lugar que se destina para el asiento del imperio y aquí los embajadores de todas las naciones acudirán con un tributo de homenaje a uno más grande que Ciro.

"El asiento del imperio," continuó, "empezó en el Edén oriental, pero su progreso siempre ha sido hacia el oeste. Este pasó sobre las llanuras del Éufrates, donde bajo Nimrod, Nabucodonosor, Ciro, Alejandro y otros se detuvo durante un tiempo. Pero, emigrando al oeste, tomó su asiento en Palestina, y finalmente en los bancos del Nilo, de donde pasó a Roma en Italia dónde dominó con un largo y sangriento cetro, y en el curso del tiempo penetró en las islas occidentales de Europa como dónde estuvo durante un tiempo como

si preparara para un viaje. Todavía sosteniendo su trono rodeado de mar, mandó con una triste esperanza, un tipo de guardia de avanzada para preparar su camino en el desierto. Anduvieron sobre las grandes aguas y finalmente se fortalecieron hasta que fundaron un asiento de gobierno en la orilla extrema oriental de este inmenso continente. Esta fue la infancia de la República Americana, convenientemente fundamental y beneficiosa.

A causa de esto, algunos mortales de estrecha atención tomando sólo una vista momentánea del asunto, supusieron que el asiento del imperio, después de progresar por miles de años, había encontrado ahora un lugar de descanso dónde se quedaría para siempre.

¡Pobres mortales extraviados, cuan poco conocen ellos del país en que están, y cuánto menos de los decretos de la sabiduría infinita!"

Acabó de hablar, Ángel del las Praderas y me pidió que permaneciera por un rato en este segunda lugar y entonces volvería para desplegarme los misterios del futuro, y el hasta aquí secreto y impenetrable decreto del destino. Con este encargo él desapareció de mi vista. Una niebla de oscuridad de repente se propago por el paisaje-- un velo de olvido me cubrió, y la escena entera se cerró a mi vista. Indistintas sombras y formas confusas ocuparon mi imaginación y inquietaron mi sueño, y finalmente me pareció pasar un largo tiempo sin distinguir algún recuerdo del evento. ¡De repente una mano me tocó, y una voz exclamó: "Mortal, despierta! El Ángel del la Pradera, ha vuelto, y el tiempo se ha cumplido. ¡Levántate! Ponte de pie y echa

una mirada alrededor." Al escuchar estas palabras me parecía despertar como de un profundo sueño; la oscuridad se dispersó y luz indescriptible brilló a mí alrededor. Me encontré en la misma posición central dónde él me había dejado, y qué él había señalado como el asiento final del imperio. ¡Pero Oh! ¡Cuan cambiado!

En el lugar de una llanura florida sin habitantes, vi una inmensa ciudad extendiéndose en todas las direcciones y atestada de multitudes de personas, al parecer de todas naciones. En medio de esta ciudad había un templo magnífico, el que en magnitud y esplendor, excedía en todo parecer a lo conocido en la tierra. Sus fundaciones eran de piedras preciosas; sus paredes como oro pulido; sus ventanas de ágatas, claras como cristal; y su tejado de un brillo deslumbrador, su parte superior como los orgullosos Andes, parecía mezclarse con los cielos; una luminosa nube lo sombreaba y extendía rayos de gloria y brillantez de todos los magníficos colores del arco iris.

Todas las edificaciones parecían cubrir unos ocho o diez acres de tierra. "Esto," dijo Ángel del las Praderas, " es el santuario de de la libertad, el palacio del gran Rey, y el centro de un gobierno universal. Sígueme y verás la magnificencia, orden y gloria de Su reino." Diciendo esto, caminamos juntos hasta las puertas del templo. Éstas eran doce en número; tres en cada lado, y todas estaban abiertas. Numerosos eventos y servidores estaban esperando, y guías e instructores estaban ocupados en la asistencia de desconocidos, que estaban pasando desde y hacia el templo, con aire de una segura

liberalidad, vestidos en diferentes y variados trajes de todas las naciones.

Por una contraseña confidencial del Ángel al portero o guardián de la puerta, nos permitieron pasar de la puerta central del este al patio del palacio. Éste era un gran cerco cuadrado que rodeaba el templo y contenido en una milla cuadrada de tierra, cerrado con un fuerte muro de albañilería, y ornamentado con paseos, parcelas de césped, flores y sombreados bosques de árboles ornamentales, y todo dispuesto en el mejor gusto, y con una elegancia, limpieza y belleza que bien podrían compararse con el Edén. Aquí los ojos se deslumbraron con escenas de belleza, los oídos saludados con innumerables acordes de la música de pájaros de variadas tonos y plumajes. Aquí la suave respiración de la mañana parecía perfumada con delicias más dulces que los bosques de especias de Arabia. En breve los sentidos enteros parecían inundados con goce y placer indescriptible. Yendo a lo largo del espacioso sendero, en medios de escenas como estas, llegamos a la puerta oriental del templo sobre la que estaba escrita, en letras de oro, lo siguiente:

“¡Aquí la sabiduría, conocimiento y verdad se unifican! ¡Aquí la misericordia reina y la guerra tiene su fin! ¡Aquí en estas tierras todas las naciones entran; Pero aquí el tirano no se atrever a pasar!”

Al entrar en el palacio externo, nos encontramos en un cuarto grande y espléndido dentro del que había puertas que se abrían en cada dirección sobre las que estaba inscrito los usos particulares para los que ellas eran ocupadas. Este palacio estaba ornamentado y acabado con monumentos, pinturas, mapas, gráficos, grabados, etc. todo lo cual de ninguna manera era sólo ornamental sino altamente instructivo, y calculado para impartir un mundo de información en astronomía geografía, historia, geometría, teología, etc., etc. Entre éstos, mi atención se atrajo con una pintura grande que representaba montones enormes de hierro roto, y armas antiguas de todo tipo, apiladas en la más grande confusión, desde antiguos arcos de acero, de madera y flechas, garrotes de guerra de los salvajes, hasta los más sofisticados y célebres implementos de la guerra moderna. Todos éstos fueron dejados de lado como inútiles, y hombres se representaban en el acto de fundir espadas en rejas de arado y lanzas en herramientas de poda.

"Éstos," dijo el Ángel del las Praderas, "son los instrumentos de los asesinatos y las crueldades con los que una vez los pobres, ignorantes, y extraviados mortales se hacían la guerra unos a otros; pero ya tienen mucho tiempo desde que se los han apartado como inútiles, y ningún habitante en la tierra ya estudia o practica las artes de la guerra."

Después de ver estas cosas, mi guía me condujo a una puerta que abría en dirección al interior y encima estaba escrito como sigue:

“¡Aquí dentro es exaltado el trono de la libertad! Donde, una hueste real en túnicas de luminoso brillo Coronados con luz, verdad y majestad, Su pacífico cetro domina al resto de las naciones.”

Al entrar en este cuarto, un vasto y extenso salón se abrió ante mí, las paredes del cual eran blancas y estaban ornamentadas con varias figuras que yo no conocía. En el medio de este salón había un gran trono, tan blanco como el marfil, elevado por setenta escalones, y a cada lado del trono y de los escalones que llevaban a él, había asientos elevados uno sobre otro.

En este trono estaba sentado un hombre de edad, de venerable apariencia. Su pelo era blanco, de edad madura y su semblante emitía inteligencia y afecto indescriptible, como si él fuera el padre de los reinos de y las personas sobre las cuales el reinaba. Estaba vestido en túnicas de deslumbradora blancura, mientras una corona gloriosa descansaba sobre su frente; y un pilar de luz sobre su cabeza parecía difundir sobre la escena entera un brillo de gloria y grandeza indescriptible. Había algo en su semblante que parecía indicar que él había pasado mucho tiempo de luchas y esfuerzos en el logro de alguna poderosa revolución, haber sido un hombre de dolores y familiarizado con la aflicción. Pero, así como el sol de la tarde después de un día nublado y tempestuoso, él parecía sonreír con una reposada

dignidad. En conexión con este venerable personaje otros dos sentados, no menos venerables, vestidos y coronados de la misma manera. En los asientos próximos por debajo había doce personajes, muchos con la misma apariencia vestidos de la misma manera, con coronas en sus cabezas; mientras los asientos descendentes estaban llenos con algunos miles de nobles y dignificados personajes, todos vestidos en blanco y coronados con autoridad, poder y majestad, como reyes y sacerdotes que presiden entre los hijos de Dios.

"Mira," dijo el Ángel del las Praderas, "El Gran Concilio Presidente organizado en sabiduría, y sosteniendo las llaves del poder para llevar el gobierno de toda la tierra en justicia. Y el aumento y gloria de sus reinos no tendrá fin."

Cuando él hablaba así, bandas de música instrumental llenaron el templo con indescriptible melodía, acompañados con voces humanas, tanto de hombres como mujeres, todos sonando en armonía perfecta en un himno de triunfo cuyas palabras yo sólo podía entender en parte. Pero las líneas concluyentes se repitieron en inflamados acordes de alegría. Así se oía:

"La tierra de Tho y sus tesoros deben fundirse en el fuego,  
Y la luz de las estrellas del cielo  
se oscurece y expiran; Planetas de Tho  
ya no giran en sus esferas, La tierra  
hace su día o años de su circuito; Tho  
la fuente de alegría que detendrá toda



su luz,

Y cesarán de observar las lunas y  
Sabát; Todavía firme e inamovible este  
trono permanecerá,

Y los herederos del antiguo Israel reinarán eternamente."

Cuando la música cesó, el Ángel dijo:

"¡Hijo de mortales! asciende conmigo y te mostraré el país que exploramos juntos al Principio" En ese momento una puerta se abrió, por la cual entramos y comenzamos a ascender un tramo de escalones. Estos gradualmente ascendían a través de un largo y zigzagueante pasillo hasta que finalmente nos encontramos sobre un pináculo del templo. El aire era puro y apacible, el cielo estaba claro y la visión se expendía a lo lejos extensamente hacia todos los lados, sin objetos que se interpusiesen. Mi guía ahora me dio el mismo vidrio extraño con en el que yo había visto el país anteriormente.

¡Pero ahora cuan diferente, cuan asombroso el cambio del todas las cosas a mí alrededor! En lugar de praderas solitarias, los tristes y salvajes bosques, ahora vi una inmensa extensión de un populoso país. Ciudades, pueblos, villas, casas, palacios, jardines, granjas, campos, huertos, y viñas se extendían en una variedad sin fin, dónde una vez había visto no más que soledad y desolación.

"Esto," dijo el Ángel de las Praderas, "es el país en el que, hace cien años, comenzaste a explorar, en tu jornada al oeste. Mira," continuó él, "lo qué verdad, conocimiento y perseverancia pueden

lograr en un solo siglo." A esto contesté: "estoy maravillado y asombrado, y apenas puede entender lo que yo veo. ¿Quién son estas naciones habitadas y tribus que en multitudes felices ocupan la tierra cercana al oeste que antes estaba ocupada por las multitudes salvajes y que ahora presenta una masiva escena de limpieza, belleza, civilización y felicidad?"

¿Han sido entonces las tribus indias, completamente exterminadas, y su tierra invadida por las naciones civilizadas?"

"No," dijo él, "éstos todavía son los indios. Una Providencia misteriosa conservó sus remanentes, y los recogió y los concentró en una nación pacífica. Cuando primero se reunieron de todas las partes del continente, ellos reunían una población de aproximadamente siete millones de personas ignorantes y degradadas. Pero la luz de verdad amaneció en ellos, y con esto vinieron todas las bendiciones de paz, abundancia, civilización, limpieza, y belleza que ves, y ellos constituyen unos treinta y cinco millones, y ocupan todo la tierra oeste del Mississipi que limita en las Montañas Rocosas.

Después de ver estos lugares hermosos y oír este interesante relato de tribus y naciones que tradicionalmente yo había sido llevado a creer que nunca podrían controlarse, y que estaban destinadas a desaparecer de la faz de la tierra, me volví hacia el este e inquirí después de la gran familia de Estados que habían constituido una vez la República Unida de E Pluribus Unum. Éstos, creí, eran inmensamente más populosos y adinerados que anteriormente. Pero ellos ya no parecían identificados como Estados, con sus anteriores

límites geográficos y formas de gobierno. En esto yo estaba muy sorprendido, así como yo me había impresionado al principio con la idea de la grandeza futura y permanencia de nuestras instituciones nacionales. Volviéndome al guía, inquirí por qué extraña conexión de eventos o por qué las poderosas revoluciones del sistema americano se había disuelto, y sus elementos mezclados con este gran gobierno central y universal que, no obstante mi posición anterior, fui constreñido a reconocer como superior en excelencia, gloria y perfección al anterior. A esta pregunta el Ángel de las Praderas contestó como sigue: "El sistema americano era de hecho glorioso en su principio, y se fundó por sabios y buenos hombres, en oposición a los largos abusos y opresivos sistemas establecidos en el Viejo Mundo.

Pero tenía sus debilidades e imperfecciones. De esto tomaron ventaja hombres inicuos y conspiradores que fueron puestos irresponsablemente a la cabeza del gobierno y quiénes, por una administración disoluta y corrupta, gradualmente minaron esa estupenda estructura. En sus manos contaminadas, la justicia tambaleó, la verdad se vino abajo, la equidad no pudo entrar en escena y la virtud huyó al desierto. Una ciega, sectaria y corrupta población auto conformada en numerosas mafias, trocaron las leyes, y desafiaron a su administración. Éstos fueron uniéndose por los funcionarios del Gobierno o con un secreto guiño animado por ellos, para que los amigos de las leyes y el orden, heridos y perseguidos, no encontrando ninguna protección o restauración de derechos, fueran

obligados a abandonar su país y sus instituciones; ahora sin más fuerza, y retirados en el desierto, con la pérdida de una inmensa cantidad de propiedades y muchas valiosas vidas.

Éstos se llevaron con ellos el espíritu de libertad que fue como cemento aglutinante para mantenerlos en unión, y así se formó un núcleo alrededor del cual se concentró toda la virtud y patriotismo de la tierra. Así reunidos y reorganizados, los hijos intrépidos y atrevidos de la libertad pudieron ponerse de pie en su propia defensa, y para lanzar el desafío a sus primeros enemigos. Así el espíritu de libertad se retiraba de la plebe y eran abandonados a la destrucción, tal como el rey Saúl de la antigüedad. Surgieron divisiones y disputas, y se multiplicaron al grado que pronto se destruyeron unos a otros, inundaron el país en sangre, y así acabaron con la confederación de E Pluribus Unum.

"El remanente que huyó al desierto y reunió la excelencia de la libertad en las llanuras del Oeste, combinando la sabiduría de la experiencia anterior con la luz de la verdad que ya brillaba en sus corazones desde antes, puso la fundación de una forma perfecta de gobierno--este imperio poderoso de libertad que ves ahora, y las instituciones de que serás más completamente informado a su debido tiempo. La sabiduría, inteligencia y paz que fluyó pronto de este centro sirvió en el extranjero como una bandera a las naciones. Esto llenó con envidia a algunos, a otros con admiración y deleite. El bueno, el grande, el noble, los generosos y patrióticos amantes de la verdad se reunieron de todas las naciones, y uniéndose a las normas de libertad,

desarrollaron una fuerza constantemente creciente y cercana a su perfecta organización. Mientras por los mismos medios las instituciones viejas y corruptas se debilitaron proporcionalmente y fueron abandonadas.

Esto pronto removió la envidia y los celos de viejos y corruptos al grado que se unieron en una declaración general de guerra contra sus vecinos jóvenes y más prósperos. Estos poderes aliados mandaron un armamento de quinientas naves de la línea, y medio millón de hombres. El objeto no sólo era satisfacer su venganza y envidia, sino y también su avaricia y ambición. Ellos apuntaron a nada menos que la subyugación y pillaje del país entero.

Estos poderes eran una parte que desembarcó, con los instrumentos y efectos, y el resto reservó a bordo de sus naves.

Ellos se encontraron, tanto por mar y tierra con los hijos de libertad quienes finalmente resultaron victoriosos y este ejército entero fue superado, y sus riquezas y armamentos que eran inmensos fueron tomados por botín de guerra. Esta victoria inteligente enriqueció grandemente y fortaleció el nuevo imperio de libertad, y al mismo tiempo casi arruinó las naciones que comenzaron la guerra. Ellos reclamaron la paz, y finalmente la obtuvieron con la condición de sumisión perfecta al de los vencedores. Esto les dio nuevas y liberales leyes e instituciones, rotas las trabas de sus amos viejos, y absolutamente prohibido el uso de armas o el arte de la guerra. Estas medidas inteligentes y muy loables pronto abrieron más los ojos de millones, y fueron ganados a la causa de libertad y la verdad. Otras y

distantes naciones que habían mirado todo estos movimientos a lo lejos vieron las bellezas de la libertad y sintieron la fuerza de la verdad, hasta que finalmente, consentidamente, ellos se unieron a las mismas normas.

Así, en un siglo corto, el mundo se revoluciona; la tiranía se destrona; la guerra ha cesado para siempre; la paz es triunfante, y la verdad y el conocimiento cubren la tierra."

Así habló el Ángel de las Praderas; y cuando él había dejado de hablar, yo todavía continuaba escuchando; por tal ardor de gloria e inteligencia estallando ante mi vista, y por los eventos que tan extraños, tan complicados, tan reveladores, que habían tenido lugar en un solo siglo, y me habían sidos relatados de tan magistral manera que me inundaban de asombro y me mantenían pensativo y apenas podría creer a mis sentidos. "Pensaba": ¿Es posible, que una república fundada en los principios más liberales, y establecida por el sudor, la sangre y lágrimas de nuestros memorables antecesores, y tan querida y respetada por sus hijos, se ha marchitado como el esplendor deslumbrador del alba en la mañana? ¿Se ha marchitado como una flor intempestiva? ¿Y que, también, por la corrupción de sus propios hijos degenerados, las mismas personas que lo debieran haber amado para siempre? ¿Dónde estaba el espíritu de patriotismo, de libertad, de amor por el país que había caracterizado a los hijos de la libertad alguna vez, y calentado los pechos de los americanos?" Con reflexiones como estas había comenzado un lamento sobre mi caído, perdido y arruinado país. Pero volviendo en mí de repente, y

considerando los otros eventos que habían sido relatados, mi dolor se convirtió en alegría. Yo vi, aunque había habido una gran corrupción y una caída general de nuestro gobierno y sus instituciones, todavía muchos de los hijos de los nobles habían resistido empresa y inamovibles en la causa de libertad; incluso en medio del choque de estados y la caída de tronos, ellos habían mantenido su integridad, y cuando se quedaron sin un país o gobierno por el que luchar, se retiraron a las llanuras del Oeste, llevando con ellos el puro espíritu de libertad. Allí, en medio de un más extenso, más rico y mejor país, establecieron un gobierno más permanente, fuerte y duradero, e inmensamente más extenso y glorioso, mientras combinaban la fuerza y solidez, con la más perfecta libertad y liberalidad.

Ni sus labores se habían confinado a los estrechos límites de su propio país y nación, sino que habían quebrado las cadenas de la tiranía y roto el yugo de la esclavitud de los millones emergentes de todas las naciones y colores; y donde la oscuridad, ignorancia, superstición, crueldad y derramamiento de sangre habían dominado por siglos, la luz había surgido, la verdad había triunfado, y la paz había comenzado su reino universal. Y donde, un siglo atrás, una disposición del país extensa y fecunda desolado y solitario, o parcialmente ocupado por salvajes ignorantes y crueles, ciento de millones de seres inteligentes y felices estaba disfrutando ahora todos las mieles de una doméstica felicidad. ¿Por qué entonces, pensaba yo, me lamentaré? Las labores de nuestros padres no fueron en vano. Al contrario, los resultados han sido mil veces más glorioso que su

mayores expectativas. El espíritu de sus instituciones se ha atesorado y se ha mantenido. Su templo de libertad agrandado y perfeccionado mientras la escoria ha sido separada y destruida, y los despojos sopladados a los cuatro vientos.

Mientras estos pensamientos pasaban por mi mente, el Ángel de las Praderas llamó mi atención de nuevo. "Viene," dijo él, "Hijo de mortal, descendamos y entremos en los archivos del Templo de la Libertad, y allí aprenderás los orígenes ocultos, la fuente de la que ha emanado toda esta sabiduría y grandeza. Entonces ya no te asombrarás de la magnitud de esta organización gloriosa, la perfección de sus principios, o su éxito incomparable."

Mientras así hablaba, descendimos a través del mismo pasaje largo y tortuoso, hasta una puerta abierta en un inmenso cuarto en la segundo piso del edificio que estaba gloriosamente acabado y ornamentado, y principalmente ocupado con las colecciones de antigüedades y monumentos y pinturas, conmemorando numerosos e importantes eventos. Atravesando en medio de éstos, nosotros entramos en un cuarto pequeño en que se depositó cuidadosamente numerosos sagrados libros y archivos. Del medio de estos el Ángel de las Praderas seleccionó un volumen pequeño titulado: "UN verdadero y perfecto sistema de Gobierno Civil y Religioso, revelado desde lo Alto."

Él me rogó entonces que me siente, me dio este libro, y me rogó que lo lea. Diciendo así, él desapareció de mi vista. Yo abrí el libro y leí el prólogo como sigue: "Hay un Dios en el cielo que revela los



secretos. La sabiduría y poder son suyos. Él cambia los tiempos y las estaciones. Él remueve los reyes y pone a los reyes. Él da la sabiduría a los sabios y el conocimiento a aquellos que saben comprender. Su dominio es un dominio eterno, y Su reino es de generación en generación. Él opera según Su voluntad en los ejércitos de cielo, y entre los habitantes de la tierra. Y ninguno puede contener su mano, o preguntarle ¿Qué haces? Todas sus obras son verdad y sus caminos el juicio, y aquellos que andan en el orgullo Él se permite humillarlos. Su reino es tal que no será destruido y su dominio aun será hasta el fin. Como el hacedor de la tierra y el Padre de las personas, todo el poder y autoridad de gobierno civil y religioso se viste en Él. Él sostiene la prerrogativa de elegir a los funcionarios y hacer las leyes; Él sostiene el derecho de reprobar y amonestar a los funcionarios o de quitarlos a placer. Por consiguiente todas las formas de gobierno civil y religioso que no es designado, organizado y dirigido por la revelación divina, es más imperfecto y erróneo, y la administración del mismo sumamente propensa a la corrupción y abuso. El único sistema perfecto de gobierno, entonces, es una Teocracia; es decir, un gobierno bajo la superintendencia inmediata, constante y directa del Omnipotente. Este orden de gobierno comenzó en Edén, cuando Dios escogió a Adán para un gobernante y le dio leyes. Se perpetuó en sus descendientes, como Set, Enoc, Noé, que Melquisedec, y así sucesivamente, hasta llegar a Abraham, y fue hecho heredero en su simiente para siempre.

Como fue escrito, ` Reyes saldrán de ti, y príncipes saldrán de tus

lomos ' "Esto se manifestó claramente al propio Faraón en Egipto--  
siendo instruido y gobernado por José, como un revelador. Moisés  
también liberó una nación de la esclavitud, destronó a un tirano, y  
gobernó en todas las cosas por estos mismos principios. Por estos  
Josué conquistó, y por estos los Jueces de Israel gobernaron. Por  
esta autoridad Samuel reprobó y sustituyó un sacerdocio corrompido,  
en el caso de Eli y sus hijos. Por él el ungió al Rey Saúl para reinar en  
Israel, y por él lo rechazó después por la trasgresión y ungió a David  
en su lugar. En virtud de esta autoridad Elías reprobó y rechazó a  
Ahab y los sacerdotes de Baal, y entonces procedió a ungir rey a Jehu  
y Eliseo para profeta, y por estos medios remodeló la administración  
de asuntos civiles y religiosos, y salvó a una nación de las  
profundidades más bajas de la corrupción y la ruina. Por este poder,  
Daniel, el profeta, reprobó e instruyó a Nabucodonosor, Beltsazar  
sustituido, y dirigió a Ciro; dejando impreso continuamente en reyes y  
naciones este importante principio: "Que Dios es un revelador de  
secretos, y demanda el derecho de gobierno sobre reyes y poderosos  
de la tierra." Para convencer a Nabucodonosor de este hecho, él lo  
sacó de su trono y de la sociedad de hombres, para morar entre las  
bestias del campo y comer césped como un buey, y después lo  
restauró de nuevo a su reino. Y para convencer a todas las naciones  
de este hecho, el Rey Nabucodonosor escribió su epístola a todas las  
naciones e idiomas en la que él dio testimonio de esto mismo. "Por  
esta autoridad Jesús Cristo recibió todo el poder en el cielo y en la  
tierra, y fue visto por el profeta Daniel, viniendo en las nubes de cielo,

a reinar sobre toda la tierra. Por esta autoridad Sus Apóstoles gobernaron aquéllos que recibirían Su reino por su día—siendo ellos mismos escogido por el Señor, y no por las personas. Por esta misma autoridad Se habrían gobernado la iglesia de los Gentiles y las personas desde ese día hasta el presente, con un cisma o división de iglesia o estado, lo que fue por la corrupción y maldad que hizo la guerra a los Santos y los venció, y cambió tiempos y leyes, como predijo el profeta Daniel.

"Por esta autoridad el Dios de cielo prometió, por todos los profetas santos que Él prepararía un reino que deberá destruir y despedazar todos estos reinos, llegando a ser universal, y permanecer para siempre. Y que Él haría esto por el asentamiento del Anciano de Días cuyo vestiduras eran blancos como la nieve, y cabellos blancos como la pura lana; mientras los miles de miles lo ministraban, y diez mil veces diez mil estaban de pie ante él, y el juicio se dio a los Santos, y el tiempo vino que los Santos poseyeron el reino.

"Por esta autoridad el Dios de cielo ha cumplido lo que Él habló por las bocas de Sus profetas antiguos, por revelación desde el cielo y fijando y estableciendo un reino glorioso que permanecerá para siempre.

"¡Por consiguiente canten, Oh Cielos! ¡Y gócese, la Tierra! Porque la verdad ha triunfado; la Sabiduría y el conocimiento gobiernan; la Rectitud reina; Y la tierra descansa en duradera paz."

Así acabado el prólogo. Yo estaba a punto de leer más allá, pero fui interrumpido por el Ángel de las Praderas. "Hijo de mortales," dijo, "

Has leído todo lo permitido leer en este tiempo presente." Diciendo esto, él repuso el libro pequeño en medio de los archivos del templo, y me rogó que lo siguiera. Él me dirigió entonces fuera del templo, y dijo: " Hijo de mortales, entiende ahora la naturaleza de el gobierno que has visto.

No has visto una monarquía humana, porque los reyes que el hombre produce son tiranos. Esto no es una aristocracia, porque en este caso los pocos pisotean los derechos de los muchos. No es una democracia, porque mafias compuestas de la plebe, sin el poder para verificarlos, son los más grandes tiranos y opresores en el mundo. Pero esto es una teocracia dónde el gran Elohim, Jehová, retiene el honor superior. Él selecciona a los funcionarios. Él revela y fija las leyes, y Él aconseja, reprueba, dirige, guía y sostiene las riendas de gobierno. El venerable Concilio que has visto entronizado en majestad y vestido en las túnicas de blanco, con las coronas en sus cabezas, es el orden del Anciano de Días delante de cuya augusta presencia tronos han sido arrojados, y los tiranos han dejado de gobernar. Has entendido los ocultos propósitos de la Providencia respecto a las praderas y el Oeste, y de la tierra y su destino. Sigue tu jornada adelante, y no vagues más; sino dile al mundo de las cosas venir."

A esto yo desperté, y he aquí, era un sueño. En lugar de un reino glorioso, ciudad y templo, vi el sol de la mañana que brillaba a través de las hendiduras de la cabaña de leños dónde estaba alojado. En lugar de un siglo numerado con el pasado, yo me había pasado una noche de sueño perturbado e inquieto; y en lugar del Ángel de las

Praderas que están de pie por mi lado en el acto de desplegar "Los propósitos secretos del destino que gobierna a los hombres y guía los Estados," vi a mi mayordomo en el acto de llamarme a desayunar.